

HOMENAJE A VALLET DE GOYTISOLO POR SU LIBRO: "SOCIEDAD DE MASAS Y DERECHO"

El día 20 de noviembre nos reunimos a cenar unos dos centenares de amigos de Juan Vallet de Goytisoló para homenajearle por su último libro, *Sociedad de Masas y Derecho*; claro está que a este motivo central todos teníamos que añadir muchos otros personales y el de una gratitud más general por su extensa obra de pensamiento y enseñanza, de la que sus otros libros y esta misma revista son parte importante, pero no mayor. Los amigos de la Ciudad Católica, de Madrid, nos encontramos allí con otros grupos de amigos personales y compañeros de profesión de Vallet, unos de la capital y otros venidos expresamente de fuera. Surgieron así encuentros con viejos conocidos, presentación de nuevas amistades y animadas tertulias antes y después de sentarnos a la mesa, que hicieron aún más agradable la reunión. La gripe, en plena extensión aquellos días, retuvo a bastantes en sus casas. Los telegramas y cartas de adhesión que llegaron de toda España fueron tantos que sólo se pudo leer una parte de ellos, en los postres.

En la mesa de la presidencia se sentaron con el homenajeadó los excelentísimos señores don Fermín Sanz Orrio, Presidente del Consejo de Economía Nacional y Ex-ministro; don José María Tejera Victory, Director General de lo Contencioso del Estado; el Marqués de Valdeiglesias, Consejero de Estado; don Luis Coronel de Palma, Director de la Confederación de las Cajas de Ahorro; don Rafael Núñez Lagos, Presidente de la Junta de Decanos de los Colegios Notariales de España, Académico de Número de la Real de Jurisprudencia y Presidente de Honor de la Unión Internacional del Notariado Latino; don Germán Alvarez de Sotomayor, Presidente de Speiro, S. A., y don Luis Enrique González Rodríguez, Vicepresidente de la misma entidad.

Al final de la cena pronunció un discurso para ofrecer el homenaje don Fermín Sanz Orrio. Comentó la razón de su presencia —voluntaria y gustosísima— en un acto como éste y el encargo de ofrecerlo. El se veía "a la derecha" de Vallet

de Goytisolo, a quien se tributaba este sentido homenaje. En un acto donde algunos pensarán malévolamente que sus asistentes han dejado en el guardarropa, no el abrigo y el sombrero, sino la piel de oso y la clava. Sin embargo, él, buscador y promotor durante años de formas nuevas de sindicalismo de acuerdo con el espíritu de la tradición y en consonancia con las necesidades de la época, no podía hoy estar en otro lugar que éste. Es una exigencia tanto de su ideología raíz y familiar como de su patria chica, la Navarra del Alzamiento Nacional. Pero lo es, sobre todo, de extraña y vertiginosa mutación del mundo en los últimos años, por modo tal que, sin variar él de posición, se encuentra ahora en el seno del tradicionalismo más militante y consciente de su significación.

El libro de Vallet, cuyo éxito aquí celebramos —continúa Sanz Orrio—, lleva por título *Sociedad de Masas y Derecho*. Además de un profundo estudio jurídico —en lo que Vallet es primera autoridad—, constituye este libro todo un diagnóstico de nuestro tiempo y también una trabadísima teoría, de modo que —ha dicho alguno de sus críticos— pasará a la historia del pensamiento como uno de los libros clásicos del pensamiento tradicional. Más que de una enfermedad de la moderna “sociedad de masas”, piensa el señor Sanz Orrio que se trata de una enfermedad de las almas, porque la sociedad está formada de individuos, y la masa es la manifestación de esa enfermedad colectiva. Es una enfermedad radicada en el espíritu: una falta de espíritu, de comunicación de las almas con algo superior que las vivifica y redime. Porque la unión de los hombres no se logra en esa supresión de diferencias que se llama hoy masificación, sino en el espíritu, que es lo que realmente une y da vida. El se atrevería a proponer a Vallet, no otro título para este libro, sino un título para un libro nuevo, que siempre esperamos de su prodigiosa capacidad de trabajo y de su fervor en la búsqueda de la verdad. Este título podía ser: “La sociedad enferma y el espíritu”.

El libro de Vallet, con buena acogida, no ha tenido sin embargo la repercusión crítica que merecería; la que hubiera tenido sin duda si su orientación hubiera seguido por cauces cercanos a los famosos “vientos de la historia”. Esa táctica de silencio sobre libros como éste no está sólo inspirada por la malevolencia o la hostilidad, sino por dos grandes factores psicológicos: la pereza mental y el miedo. Pereza a salirse de los lugares comunes o dogmas ambientales, hoy más potentes que nunca; miedo a enfrentarse con una ideología radicalmente distinta de la imperante, pro-

fundamente lógica y verdadera, que obligaría a muchos a rehacer por completo sus categorías mentales en una especie de conversión interior de fatales consecuencias para su carrera literaria o política.

Terminó el señor Sanz Orrio brindando por este libro, por su autor y por empresas como ésta que mantendrán vivos los grupos llamados a enlazar con una futura —e indudable— resurrección del espíritu humano y de la sociedad cristiana.

Tras los aplausos que premiaron al señor Sanz Orrio por su discurso se levantó a hablar Juan Vallet, en medio de un silencio expectante. Solamente puedo transcribir aquí una mínima parte de su discurso, tomada al oído y que fue más rico de contenido y extensión que las habituales palabras protocolarias de estas ocasiones; también en esto mostró Vallet una vez más su generosidad. Después de dar las gracias y atribuir el homenaje a la gratisísima circunstancia de tener tantos y tan buenos amigos, centró su discurso en torno a la falta de responsabilidad como principal característica de una sociedad masificada. Se da en ella una apatencia desmesurada de bienes y disfrute, a la vez que no se aceptan los deberes heredados ni la experiencia humana acumulada por anteriores generaciones. Se produce en la mentalidad de la masa una desconexión entre los frutos y las causas de la civilización, y se cree que, como el aire, todo el producto del esfuerzo de anteriores generaciones es gratuito y nada ha costado.

Nada mejor para defenderse individualmente de la masificación que educar y mantener el sentido de la responsabilidad: en el pensar, en el obrar y también en el sentir y el querer.

En el pensar, sufrimos los efectos de la confusión entre la información acerca de teorías y más teorías, sin análisis riguroso y a fondo de las mismas, y el conocimiento reflexivo, razonado y crítico de la realidad. De ahí que aceptemos como norma de la verdad la moda y la opinión mayoritaria. Lo que está en el aire, en los medios masivos de comunicación es lo que nos sirve de pauta. Antes, en cambio, el juicio nos lo suministraba nuestra propia formación, a través de la cual analizábamos y valorábamos; o, en caso de no poder alcanzar a hacerlo, nuestro sentido común nos aconsejaba que siguiéramos la opinión de los maestros de cada materia. Pero, ¿quiénes lo son hoy? ¿Distingue el hombre medio quién es autoridad en Teología? Más cree que lo es el curita que escribe en tal diario que el profesor, docto y profundo, de tal Universidad pontificia, al que ni siquiera conoce. Así, luego, los alumnos que están informados de lo que está en el aire, pero no tienen formada su responsabilidad en el rigor del estudio, rechazarán *a priori*, sin oír sus enseñanzas, a quien

podría formarles la mente para que juzgaran por sí mismos y no por un vulgar cotejo superficial con lo que está en el ambiente. *Slogans* e ideas que surgen del sentimiento o son aceptados o alimentados por él, sobre las que se juzga con la lógica, pero sobre las que no se reflexiona, ni se penetra con rigor mental en sus raíces y consecuencias reales. Podemos decir que si la historia del pensamiento griego fue un proceso de domesticación del *mytos* por el *logos*, hoy al revés, se pone la razón al servicio de los nuevos mitos.

Se refirió también Vallet a la responsabilidad en el obrar. De esta parte de su lección recordamos estos conceptos: En nuestros años escolares nos invitaban a colocar nuestro granito de arena de modo real en la obra de mejorar, de hacer progresar este mundo, y la acumulación de granitos de arena de generación en generación ha formado la civilización de la que vivimos. Hoy, en cambio, se nos incita a promover un cambio de estructuras, planteándolo con ideas abstractas. Cambio de estructuras del que, en general, sólo se nos invita a "tomar conciencia", pues la tarea se la remitimos al Estado, o a las Naciones Unidas, o a las grandes potencias, y luego nos dolemos de lo que hace el Estado en quien hemos abdicado. ¡Queremos —como observa Bertrand de Jouvenel—, una sociedad justa sin que nadie tenga necesidad de serlo!...

La responsabilidad en el querer y en el sentir queda también así afectada. En lugar de pensar con la cabeza y sentir con el corazón, nos acostumbramos a pensar movidos por nuestros sentimientos, y no siempre los mejores, pues metafóricamente podemos decir que ni siquiera con el corazón sino con la vesícula biliar es con lo que impulsamos, más que orientamos, nuestras ideas; y utilizamos demasiado la cabeza cuando se trata de repartir nuestro amor y nuestra ayuda. Así, se nos ha inundado con una gran preocupación por el prójimo lejano, respecto al cual poco podemos hacer, pero se nos pide que contribuyamos a crear un estado de opinión, una mala conciencia colectiva; mientras que soslayamos cada vez más al prójimo-próximo, al que cerca nuestro vemos de carne y hueso —padres, hijos, hermanos, vecinos, afines, compañeros y amigos—, porque de ellos se ha de ocupar el Estado y, por ellos, ¡proveerá el cambio de estructuras!

Se nos muestran los consejos evangélicos, pero al revés, para administrarlos a contrapelo, es decir, para imponerlos a la sociedad en general, a los demás, coactivamente. ¡Olvidamos que dejan de ser consejos en cuanto se imponen, en cuanto obligan, y que

dejan de ser evangélicos en cuanto, en lugar de recibirlos para cada uno, los lanzamos contra los demás!

Así vemos la masa como una muchedumbre solitaria, según expresión de Reisman, que sólo camina al unísono y se pone en marcha movida por sentimientos explotados por sus agitadores, que le inculcan ideales abstractos y apetencias materiales. Pero a la que faltan vínculos reales vitales; lo que Saint Exupery, según nos recordaba Rafael Gamba en su maravilloso libro *El Silencio de Dios*, llamaba *engagement*, y esa relación con las cosas y los seres irracionales que expresaba con la palabra *apprivoisement*.

Hasta los camareros estaban silenciosos y embelesados oyendo esta lección magistral en que se había convertido insensiblemente el agradecimiento ritual del homenaje, cuando Vallet se detuvo para pedir perdón. Observaba que estaba sermoneando y no le gustaba hacerlo. Y dando un rápido giro hacia un tono de humor, concluyó con una anécdota que dijo había leído en un libro de Leopold Kohr y que había recogido, para sacarle moraleja, en una de las páginas de su libro. En los grandes gallineros norteamericanos, planificados para obtener gran productividad más económicamente, se observó un gran desarrollo de las tendencias canibalísticas de las gallinas, despertadas en ellas por la visión masiva de animales de la misma especie. Un avicultor ideó un remedio para solucionar el problema: con unas gafas, perfeccionadas luego como lentillas de plástico, que reducían el campo visual de las gallinas. "Yo, ciertamente, no deseo —concluyó— convertirme en canibal, pero tampoco deseo que para poder convivir en una sociedad de masas me pongan lentes de plástico que disminuyan mi visión. En esto creo que todos los que aquí nos reunimos estamos de acuerdo. ¡Ninguno de nosotros quiere que le reduzcan su campo visual imponiéndole unos lentes de plástico!"

Los aplausos que interrumpieron varias veces esta disertación se prolongaron al final de ella, como formando, en cuerpo aparte, lo esencial del homenaje; algunos entusiastas aplaudieron de pie, y todos muy largo rato. Tardamos mucho en terminar de marcharnos; quedaron flotando ideas, ilusiones, proyectos, y en la mente de todos la convicción de que Vallet debe de seguir escribiendo más libros y nosotros teniendo más reuniones como ésta.

A. R. G.